

consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle, mudó de repente de tono, y con semblante más alegre, me dijo:

—»Mencía, pues todavía amas tanto á don Alvaro, que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallabas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aún me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa. Con su auxilio compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos esperan mi aviso en el lugar de Revilla. Aprovechémonos de la ausencia de don Ambrosio. Voy á dar orden de que traigan el carruaje á la puerta de esta casa, y al momento partiremos.

»A todo accedí: fué volando don Alvaro á Revilla, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis criadas, que, no sabiendo qué pensar de este acontecimiento, huyeron despavoridas. Sólo Inés era sabedora de todo; pero no quiso unir su suerte con la mía, porque estaba enamorada de un paje de don Ambrosio; lo que demuestra que el afecto de los más fieles criados no resiste á la prueba del amor. Entré en el coche con don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa y ciertas joyas que tenía antes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me había regalado el marqués cuando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia, sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos, con razón, que al volver de Burgos, don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro, acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos días sin que nadie nos siguiese. Esperamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y ya caminábamos tranquilamente. Contábame don Alvaro la triste aventura que había dado motivo á la voz esparcida de su muerte, y el modo de haber recobrado su libertad, después de cinco años de cautiverio, cuando encontramos en el camino á los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron con todos sus acompañados es él mismo, y el que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.»

CAPÍTULO XII

Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversación de la señora y de Gil Blas

Con efecto, se deshacía en lágrimas doña Mencía al acabar de hacerme su relación. Dejéla dar entera libertad á los suspiros, y lloraba yo también: tan natural es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una mujer hermosa y afligida. Iba á preguntarle qué partido quería tomar en la coyuntura en que se hallaba, y quizás ella misma iba también á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversación.

Oímos en el mesón un gran rumor, que llamó nuestra atención. Causábale la venida del corregidor, que, acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles, se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fué un caballerito que venía en compañía del corregidor: paróse á mirar muy despacio y muy de cerca mi vestido, y después de alguna suspensión, exclamó diciendo:

—¡Vive el cielo que esta es mi mismísima ropilla: la conozco tan bien como he conocido mi caballo! Sobre mi palabra que podéis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madri-guera en este país.

Al oír aquellas palabras, me persuadí que sin duda me había tocado por desgracia mía el despojo de aquel caballero, y por consiguiente me quedé sorprendido é inmutado.

El corregidor, que por su oficio debía juzgar antes mal que bien de la turbación en que me veía, hizo juicio de que la acusación no era mal fundada; y

sospechando que la señora podía también ser cómplice, nos hizo prender á los dos y poner en cuartos separados.

No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo, antes bien mostraba un semblante apacible y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que estuve en la prisión, vino á ella con sus dos precusores, esto es, sus dos alguaciles, los cuales, según su buena costumbre, empezaron por registrarme bien las faltriqueras. ¡Qué día para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habían tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo corregidor parecía que estaba fuera de sí.

— Hijo, me decía en un tono lleno de miel y dulzura, no extrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos más que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará.

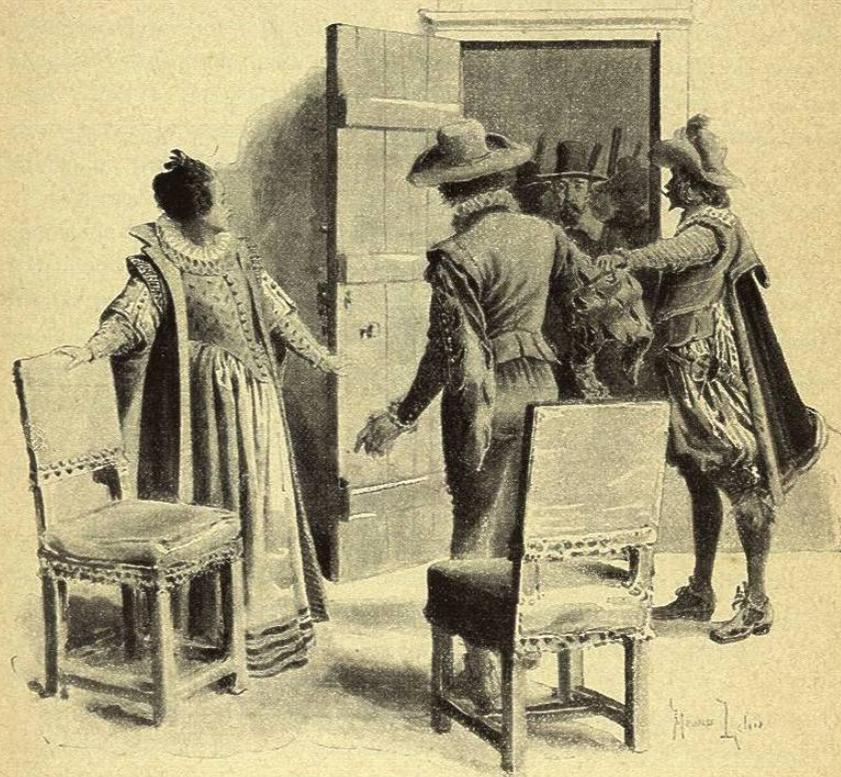
Mientras tanto, fueron poco á poco aliviando del peso mis bolsillos, quitándome aun lo que habían respetado los ladrones, quiero decir, los cuarenta ducados de mi tío.

Escudriñáronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome volver á todos lados y despojándome de todos los vestidos, para ver si tenía guardado algún dinero entre el pellejo y la camisa. Después que cumplieron tan exactamente con aquella su importante obligación, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisfícelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaración, y partió con su gente y mi dinero, dejándome desnudo sobre la paja.

— ¡Oh vida humana, exclamé cuando me vi solo en aquel miserable estado, qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimentado más que desgracias. Apenas salgo de un peligro cuando caigo en otro. Al llegar á esta ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo había de conocer á su corregidor.

Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí la maldita ropilla y lo restante de la ropa que me había puesto en aquel estado; y después, hablándome y alentándome á mí mismo:

— Ánimo, Gil Blas, me dije, valor y constancia. Vamos claros; piensa que después de este tiempo vendrá quizás otro más dichoso. ¿Será bueno desesperarte porque te ves en una prisión ordinaria, después de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay!, añadí tristemente; yo me alucino y me lisonjeo. ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel,



Sobre mi palabra que podéis prender á este hombre

cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es pájaro á quien cortan las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que había mandado componer, me trajeron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince días enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venía todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Cuando le veía, intentaba entablar conversación con él para desahogarme algún tanto; pero aquel hombre nada respondía á cuanto le preguntaba. Jamás me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salía muchas veces sin dignarse siquiera mirarme. Al décimosexto día se dejó ver el corregidor, y me dijo:

— Ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la señora que venía contigo, examinéla sobre quién eras, y tu conducta y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía viniste desde Peñafior á Cacabelos, según has dicho, confirme tu declaración. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaración con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo.

Dí gracias al juez por la buena y pronta justicia que me quería hacer; y apenas había acabado mi cumplido, cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocióle inmediatamente; pero el bribón, que sin duda había vendido mi maleta, con todo lo que tenía dentro, temiendo le obligasen á restituir el dinero que había recibido si confesaba que me conocía, dijo descaradamente que no sabía quién yo era, y que jamás me había visto.

— ¡Ah, traidor!, exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y respeta la verdad. Mírame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos, llenando á todos de miedo.

El taimado respondió muy fríamente que le hablaba una jerigonza que él no entendía; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasión.

— Hijo, me dijo el corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte, por más que lo deseo.

Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavía á pan y agua y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba en que no podía salir de entre las garras de la justicia, siendo así que no había come-

tido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento y echaba de menos el lóbrego soterráneo.

— Bien reflexionado, me decía yo á mí mismo, allí me hallaba menos mal que en este calabozo. Por lo menos, en aquél comía y bebía alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algún día; pero seré quizá muy feliz si sólo puedo salir de aquí para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XIII

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se encaminó después

Mientras yo pasaba los días y las noches en desvariar, entregado á mis tristes reflexiones, se divulgaron por la ciudad mis aventuras, ni más ni menos que yo las había dictado en mi declaración. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venían unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prisión, y después de haberme mirado algún tiempo, se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel, nunca había visto alma viviente asomarse á la tal ventanilla, que caía á un patio donde habitaban el silencio y el horror. Me hizo creer que yo había llamado la atención de la ciudad, pero no acertaba á pronosticar si sería para mal ó para bien.

Uno de los primeros que vi, fué el muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, de miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo había fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos larga conversación, en la que me vi precisado á hacerle nueva relación de mis aventuras: lo que produjo dos efectos diferentes en el ánimo de los circunstantes, pues que los hice reír y me atraje su compasión. Él por su parte me contó lo que había pasado en el mesón de Cacabelos entre el arriero y la mujer, después que un terror pánico nos había separado de ella. En una palabra, contóme todo lo que dejo ya dicho. Despidióse después de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entonces, todas las personas que, como él, habían venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis